

Juego de números

DE labios de un gran amigo mío he recibido la noticia de su propia desgracia: su novia se casó con otro, hace cuatro o cinco días. Como el funcionario que sabe van a *cesarlo*, se apresuró a presentar la quiebra; pero ni él ni otros muchos pudieron engañarse.

Mi amigo es uno de los pocos hombres que merecen esta designación. Es inteligente, culto, sencillo, franco y, sobre todo, humanísimo. Jamás, por ejemplo, habla mal de nadie; jamás, tampoco, condena en definitiva. Espera siempre que el malo se convierta en bueno. Eso sí, con el francamente deshonesto, no está, lo rechaza, lo desprecia, a veces llega a odiarlo.

La novia parecía ser excepcional, al menos con respecto al tipo medio de mujer mexicana. Vivía en un pueblecito, con su madre y un hermano. La madre, como todas las nuestras, no existía sino para el amor platónico. El hermano se dedicaba al comercio, era sordo, de carácter irritable y montaba muy bien en el caballo.

A pesar de todo, la casa de esta muchacha era en el pueblecito triste el único refugio del viajero de calidad. En ella había libros, revistas, periódicos, un fonógrafo, buen chocolate y café. Además, cordialidad fina, amable hospitalidad.

Uno o dos de mis amigos estuvieron en el pueblecito triste. Hallaron bien a la novia del otro amigo. No la encontraron bonita, pero sí inteligente, bondadosa, aficionada a los libros y al canto. En la desolación, en la tristeza del pueblecito, la novia de nuestro amigo era estrella de primera magnitud, sol radiante de luz y de calor.

Pasaron—según creo—unos cinco años. Los dos se mostraban firmes en su amor. Cada mes—en el camino polvoriento—se cruzaban los atajos que llevaban los fardos de la correspondencia. En ellos había—con seguridad—una carta de mi amigo y otra de su novia. Mi amigo preguntaba: ¿cómo estaba? ¿había terminado la lectura de las novelas enviadas? ¿le parecían interesantes? ¿había alguna novedad en el pueblo? ¿se acordaba de él? Y la novia le decía: ¿vendrás en vacaciones? ¿no paseas mucho? ¿me quieres?

Un día y otro—con cuánto esfuerzo—mi amigo ahorraba un peso o dos. Para los muebles, para la mantelería, para la ropa o para los floreros del nuevo hogar. Casi no conozco un caso de dicha tan lento, tan saboreado, tan ajustado al ritmo del minuto que pasa, del minuto que llega, del minuto que vuelve a irse. Mi amigo era—en verdad—orfebre de su dicha. Y sería, además, esa su obra maestra.

La novia también se preparaba, al menos espiritualmente. De las estrellas—tan altas, tan lejanas—tomaba lecciones de esperanza. De los pájaros aprendía el saltar ligero y brillante. Y cuando iba a bañarse al río hundía sus pies en la arena, fresca y dorada.

Pero un día sobrevino la horrible desgracia: dos

cartas ásperas, frías, exigentes. Después los retratos, las novelas, las cartas. Mi amigo aceptó todo. Es más, en medio de su tristeza, sintió un poco de libertad. Ningún compromiso tenía en lo de adelante. Podía esperar cosas mejores. En suma, se sentía con derecho a competir, a tomar un billete en la gran lotería universal.

Por supuesto que todos explicaron mal la tragedia, sobre todo porque existía un nuevo personaje—inspector de correos, mozo alegre y fuerte. Con este se casó—justamente—la novia de mi amigo. Pero la verdadera razón fué otra, el verdadero nuevo personaje fué otro. Fué un ingeniero alemán que llegó al pueblo a estudiar todo: las minas, el petróleo, las carreteras.

Como todo personaje más o menos ilustre, este ingeniero visitó a la novia de mi amigo. Era—por supuesto—frío, equilibrado, juicioso. Todo lo resolvía en números. Restaba, sumaba, multiplicaba y ya estaba: ese era el resultado. Ni más. Ni menos.

Y la novia de mi amigo, que tomaba lecciones de las estrellas—tan altas, tan lejanas,—de los pájaros o de la arena del río—fresca y dorada—se deslumbró ante el nuevo tipo de maestro. Tomó clases con el ingeniero, pidió y leyó libros de matemáticas. Se hizo fría, juiciosa, calculadora. Aprendió a jugar con los números. Y un día, claro, calculó el problema de su vida: mi amigo vivía a doscientos kilómetros de ella, tenía treinta años y hacía seis que eran novios. El inspector de correos, tenía, en cambio, veinticinco años y vivía a la vuelta de su casa. Sumó, restó, multiplicó y obtuvo el resultado. Exacto. Sin más ni menos.

Yo, que en este caso he querido averiguar las causas exactas de la desgracia de mi amigo, he llegado a descubrir que no fué el inspector de correos quien hizo la conquista, sino el ingeniero alemán, y que la causa verdadera, exacta, fué el último aprendizaje que hizo la novia de mi amigo: el del juego de números.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

México, D. F.

Con esta entrega

Recoja el lector curioso el pliego N° 3 y final del ELOGIO DE LEONARDO, por Lugones, que con esta entrega le damos.

Próximo CONVIVIO:

SAVITRÍ, episodio famoso del MAHABHÁRATA, en la reciente versión castellana del Dr. C. M. Freundlich.

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.

MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.

Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.